

—¿Yo? que le sigo.

—Y yo, también, y yo también—exclamó Brazo-de-acero; ¿dónde le veremos otra vez?

—Mañana en la noche en San Juan de Goave; pero es preciso disimular para que nada llegue á conocimiento del gobernador español.

—¿Entonces?

—Si quieres ser de la partida, yo te instruiré de todo.

—Sí.

—Bien; pues al oscurecer partimos para la aldea.

Los cazadores siguieron conversando. Brazo-de-acero se entró á su cabaña, se tendió sobre un cuero, y acompañado de sus perros se quedó dormido.

V.

La señora Magdalena.

La aldea de San Juan de Goave tenia siempre una gran poblacion, pero de esa que pudiera llamarse flotante, porque iba y venia y cambiaba á cada paso.

San Juan era, por decirlo así, la capital, el cuartel general de los cazadores, y allí por esa razon concurrían multitud de mujeres aventureras, que iban siempre al husmo del dinero que con tal profusion derramaban aquellos hombres.

Habia en San Juan, pues, multitud de jóvenes hermosas, pero ninguna de ellas podia competir con Julia, que además de su belleza, contaba con su modestia y con una gran reputacion de pureza que la hacia respetable.

Julia, como todas las mujeres honradas, sentia el desden mas profundo hácia toda aquella colonia de mujeres perdidas que veia en su alrededor, y por eso sus relaciones se reducían á las familias honradas de la aldea, y por eso disgustadas por aquel aislamiento, que ellas calificaban de or-

gullo, las muchachas alegres habian bautizado á Julia con el nombre de la *duquesa de Pisaflores*.

El padre de Julia, marino francés, habia muerto de la peste poco tiempo despues de haber llegado á la isla Española con su hija y con su mujer, la señora Magdalena, como la llamaban en la aldea.

La señora Magdalena, con el pequeño capital que dejó su marido, habia comprado una casita en la aldea de San Juan, y se dedicaba al comercio de pieles y á la educacion de su hija, y en ambas cosas habia sido afortunada, porque Julia era un ángel y la pobreza nunca habia asomado en su casa.

La señora Magdalena tendria cuarenta años, pero se conservaba fresca como una mujer de treinta, y no faltaban algunos que la hacian objeto de sus amores.

Pero hasta entonces ninguno podia gloriarse de haber alcanzado ningun favor, aunque en verdad ninguno habia hablado de boda á la fresca viuda.

Uno de los personajes mas importantes en la aldea de San Juan, era sin duda Isaac, el patron de la taberna del *Toro negro*.

Judío y amigo de los cristianos en todo lo que podia producirle alguna ventaja, Isaac era centro de mil intrigas amorosas, depositario de todos los secretos de las expediciones piráticas, y además usurero, con cuyas cualidades era tan conocido como necesario.

La taberna de Isaac estaba construida á propósito, y con tales circunstancias, que al mismo tiempo podian tener lugar en ella la cita de dos amantes, una conspiracion de piratas y una comida de cazadores, estando todos tan seguros y tan independientes, como si una cosa pasara en la España y otra en Jamaica ó en la Tortuga.

Y sin embargo de todo, Isaac tenia un gran prestigio con el gobernador español, porque le habia hecho entender que era su agente, su espía, y el hombre necesario para ponerle al tanto de todos los proyectos de los piratas y cazadores que eran en aquel tiempo la pesadilla de la corona de España.

La mañana siguiente á la noche en que Julia salió á ver á su amante á las Palmas Hermanas, la taberna de Isaac estaba casi sola, y él se entretenia en embotellar una media barrica de vino, al que prudentemente mezclaba cierta cantidad de agua.

Llamaron á la puerta del aposento en que él estaba y procuró ocultar el agua, y luego gritó:

—Que pasen.

Abrióse la puerta y se presentó Juan el desollador.

—La paz del Señor venga con vos—exclamó el judío hipócritamente al verle entrar.

—Buenos dias, maese Isaac—dijo el Oso—rico sin quitarse el sombrero:—¿estás solo?

—Solo, para lo que gustéis mandar—contestó el judío.

—Bien; deja eso, siéntate y hablaremos.

El judío cerró la cuba, arrimó un asiento al desollador y se sentó tambien sobre un barril.

—Estoy á vuestras órdenes—dijo.

—En primer lugar, te participo que el negocio de a salió mal.

—¿Salió mal? ¿no fué la muchacha á la cita?

—Sí fué, pero pasó lo que no te importa ni quiero contarte, pero nada se consiguió: ¿qué hago?

—¿Qué haceis? no es tan fácil decíroslo; sobre todo ignorando lo que pasó anoche.

—Pues eso no lo sabrás, perro judío, curioso.

—No señor, no tengo curiosidad; pero bueno seria saber para poderos decir un plan que no se oponga con lo que os ha pasado anoche.

—Bueno, bueno; dí tu plan y te diré si se opone ó no, y estamos del otro lado.

—Como gustéis: ¿estais decidido á que esa muchacha sea vuestra?

—Sí.

—¿A costa de cualquier sacrificio?

—Sí, con tal que no sea cosa de andar á cuchilladas con esos malditos cazadores.

—Entiendo: voy á proponeros el único plan que encuentro; vos me direis si os parece demasiado costoso para haceros de la muchacha.

—Veamos.

—El grande obstáculo que aquí teneis para lograr vuestros deseos, es ese maldito cazador Brazo-de-acero, de quien está enamorada Julia; ¿es verdad?

—Sí, es verdad.

—¿De manera que si lograis estar en un lugar solo con ella sin su amparo y sin la señora Magdalena, todo saldria á medida de vuestros deseos?

—Exactamente, y eres un hombre sabio.

—Se trata, pues, de encontrar esa oportunidad.....

—Eso es, esa oportunidad.

—Pues casaos con la señora Magdalena.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el Oso-rico dando un salto—tú estás loco ó quieres burlarte de mí.

—Calma, señor, ni uno ni otro; la señora Magdalena ni es tan vieja ni es tan fea que le hiciérais un desaire á no estar enamorado de la hija.

—Lo creo.

—Os casais con la señora Magdalena, os vais de la isla, os trasportais á México, á Panamá, con las dos, y en el camino, en la navegacion, la madre *puede morirse, caer al mar*, y vos quedais solo con la chica y libre de todos los cazadores del mundo, y sacais además la ventaja de haber sido dueño de la madre y de la hija..... La verdad, como á mí me gusta tanto la señora Magdalena, quizá por eso me hace ilusion este plan.

El desollador meditaba; sin duda le parecia la cosa digna de atencion.

Por fin levantó la cabeza y dijo:

—Me parece muy bien, muy bien; la esposa que me has escogido no me disgusta, y así como así, á mí me conviene salir de esta maldita isla y dejar estos demonios, con los que tiene uno la vida en un hilo: soy ya bastante rico..... pero..... ¿crees que la señora Magdalena querrá?

—Depende eso del modo con que se maneje el negocio.

—¿Y cómo seria bueno hacer? Comenzaré á dirigirle miradas tiernas y sospechosas, á suspirar cuando esté á su lado.....

—Con eso no conseguiríais sino quedar en ridículo: á las mujeres de esa edad y cuando se trata de matrimonio, no se las conquista de esa manera; se reiria de vos como de un chiquillo.

—¿Pues cómo?

—Abordadla de frente, por la proa, sin andar con rodeos, sin darle caza; entrad á su habitacion, suplicadle que hable con vos á solas, y decidle que á ella y á vos os conviene casaros y salir de la isla; ofrecedle vuestra mano, y casi estoy seguro de que acepta.

—¿Pero si dice que no me tiene amor?.....

—En todo caso, aun cuando os diga que os le tiene, no

creais que se casará con vos mas que por su conveniencia, y siempre un matrimonio á su edad, en sus circunstancias y con un hombre como vos, es cosa que le convendrá, os lo aseguro.

—¿Y si salgo mal?

—¡Oh! entonces ya veremos lo que se piensa en ese caso; por ahora valor y al abordaje.

—Dices bien, mañana iré.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—¿Ahora?

—Sí; ¿por qué no? mientras mas pronto, mejor; la duda es uno de los tizones del infierno.

—Dices bien; ahora mismo voy.

Y como haciendo un esfuerzo de energía, el desollador se levantó y salió de la taberna.

La señora Magdalena cosía sentada en un taburete cerca de una puerta que caía al jardín de la casa, y á su lado estaba Julia, cosiendo tambien.

Tenian entre las dos una conversacion que debia preocuparlas, porque algunas veces dejaban la costura y quedaban como distraidas y sin hablar.

—Lo que mas me atormenta—decia la señora Magdalena—es que el dia menos pensado Dios me llama á sí y tú quedas tan jóven y abandonada.

—No digais eso, madre mia—contestaba Julia;—teneis buena salud y sois jóven aún; muchos años faltan para que llegue ese dia tan temido.

—No lo creas, la muerte no viene solo á los ancianos; puedo morir, y quizá en otra tierra no temeria tanto por tí; pero en esta y con tal sociedad.... ¡Oh! si yo pudiera salir de aquí, moriria tranquila aun cuando tú quedaras huérfana.....

—Madre mia, no os aflijais.....

—Si al menos pudiera verte casada, establecida ya! La jóven se puso encendida.

—Pero aquí ¿con quién?—continuó la señora Magdalena;—uno que otro jóven francés que hay, pertenecen tambien á estos cazadores, que me parecen detestables para maridos.

Julia se puso entonces pálida, y la madre lo hubiera advertido si no hubiera llamado su atencion un hombre que atravesando el jardin se dirigia al lugar en que ellas estaban.

Era Juan el desollador que se acercaba, y las saludó cortesmente, aunque con algun embarazo.

—Dispensadme—dijo á la señora Magdalena—que me atreva á venir así á vuestra casa, pero deseo hablaros de un asunto de importancia.....

—Decid, señor—contestó la señora Magdalena.

—Desearia poderos hablar á solas.

La señora hizo una seña á Julia, y la jóven se retiró inmediatamente.

—Podeis hablar—dijo la señora.

—Pues señora—comenzó á decir Juan tosiendo y revolviéndose en su asiento—es el caso..... que..... la verdad es que no sé por dónde comenzar.

—Hablad—dijo sonriéndose la señora Magdalena.

—Pues señora, yo soy hombre honrado y trabajador.

—Es cierto.

—Soy, en lo que cabe, rico.

—Lo creo.

—No soy jóven, pero ni viejo.

—Eso está á la vista.

—Y deseo, es decir..... me conviene..... pues, necesito..... quiero casarme, vaya.

—Muy buena resolución.

—Ya lo creo, muy buena; pero es..... que la mujer.....

es decir..... la dama..... que yo he escogido..... en fin, la que me conviene sois vos..... ya lo solté.....

La señora Magdalena esperaba que le pidiera á Julia, y en ese caso hubiera contestado con una sonora carcajada; pero quedó absorta al saber que se trataba de ella.

El Oso-rico daba vuelta á su sombrero entre sus manos como el hombre que está fuera de su papel y de su carácter.

—¿Y haceis eso con formalidad?—dijo la señora Magdalena.

—Sí, señora, porque lo he pensado bien, y creo que nos conviene á los dos.

—¿Nos conviene á los dos? ¿y cómo?

—Mirad, señora, ni vos ni yo somos ya jóvenes, y no estamos para esos amores de muchachos, ¿es verdad?

—Es cierto.

—Pues, y como yo no puedo ya vivir solo, y vos necesitais un hombre que cuide y mire por vos y vuestra hija, y yo..... en fin, no estoy tan despreciable..... porque tengo un buen capital..... y soy trabajador, y vos que sois económica, y mujer de experiencia..... y que teneis una carita fresca y rosada como una muchacha de quince.....

La señora Magdalena se ruborizó, pero fué sin duda por orgullo.

—Digo—continuó el desollador—nos conviene casarnos y salir de esta isla en la que el día menos pensado se arma una que solo Dios sabe, con estas gentes..... y que aquí no estamos bien..... Conque ¿qué decís?

—Debeis suponer—contestó la señora Magdalena—que esta cuestion no es de resolverse así no mas; necesito pensar, porque francamente, nunca habia pensado en casarme por segunda vez: además, vosotros los españoles no me inspirais mucha confianza para maridos.

—Señora, esa es una preocupacion, ya vereis; admitid mi ofrecimiento, y no tendreis de qué arrepentiros, porque muy pronto quedareis satisfecha de que valgo tanto yo para marido vuestro como el mejor francés.

—Bien, lo pensaré, lo pensaré; ya vendreis á saber mi resolucion.

—¿Esta noche?

—No, no tan pronto; dentro de tres dias.

—¡Oh, señora! es demasiado: pongámonos en un justo medio entre vuestra prudencia y la impaciencia que me devora; mañana sabré vuestra resolucion, y espero que será favorable.

—No lo sé yo misma; pero para que veais que soy condescendente, mañana venid.

—¿En la mañana?

—No, en la tarde.

—Sea como quereis; hasta mañana en la tarde.

—Hasta mañana.

El desollador salió de la casa diciendo:

—En verdad que me va gustando tambien la viuda; creo que si no fuera porque esa muchacha me baila todo el día en la imaginacion, quedara yo satisfecho: ¡cómo somos los hombres!

La señora Magdalena quedó distraida, y en toda la tarde no habló una sola palabra; Julia la observaba con inquietud, y hacia mil esfuerzos por adivinar lo que aquel hombre habia dicho á su madre, que la habia puesto tan sombría.

Habia ya oscurecido cuando la señora Magdalena llamó á su hija y se encerró con ella en una estancia.

La joven temblaba figurándose lo que iba á pasar; quizá la señora Magdalena sabia ya sus amores con Brazo-de-acero.

—Hija mia— dijo la señora—tengo que decirte una cosa importante.

—¿Cuál es, madre mia?

—Hija, tú comprendes que vivimos aquí solas, sin amparo, sin auxilio, en fin, sin un hombre en nuestra familia....

—Sí, señora.

—Que aquí estamos rodeados de peligros, y sobre todo, tú que eres jóven y bella.....

Julia creía adivinar.

—Es necesario, pues, sucumbir á las circunstancias, es preciso que un hombre entre en nuestra familia con un título legal, para ser nuestro protector y sacarnos de esta isla.

—¡Madre mia!—exclamó Julia, creyendo que se trataba de casarla.

—Hija mia, Julia, es preciso; bien comprendo que tú lo sentirás, pero es necesario.

—¡Pero, señora!—Julia comenzaba á llorar.

—No me atormentes, hija mia, que bastante sufro yo; pero nos conviene á las dos, y estoy resuelta á casarme.....

—¡Ah!—exclamó la jóven como si le quitaran un peso inmenso del corazon.

—¿Qué te parece?

—Señora, sois dueña de vuestra voluntad, y siempre estaré contenta cuando vos lo esteis.

—Lo he meditado bien, y veo que es la única esperanza que nos queda para salir de aquí.

—¿Y quién es, señora, el hombre que merece vuestra confianza?

—A tí, hija mia, nada te ocultaré; ese hombre es el que has visto esta tarde aquí.

—¡Juan!

—El mismo, un hombre de bien, aun cuando es algo rudo..... ¿no te agrada, hija mia?

—Con tal de que os quiera bien y os haga feliz, madre mia, le querré como si fuera mi padre.

—¡Dios te bendiga!

La señora Magdalena besó la frente de su hija, y se separó de su lado tranquila y satisfecha.

Aquella noche volvió á tener la señora Magdalena sueños de novia.